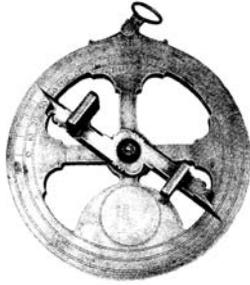


PETER EARLE

Piratas en guerra


melusina

Prefacio



Prefacio

Barbanegra y los piratas abordaron la balandra envueltos en una cortina de humo y «el teniente de navío Maynard no les vio hasta que se aclaró el aire. En ese instante dio la señal a sus hombres, que subieron al punto, y atacaron a los piratas con una valentía jamás exhibida en una ocasión así. Barbanegra y el teniente descargaron los primeros tiros el uno contra el otro, por lo que el pirata sufrió una herida. A continuación se acometieron con las espadas, hasta que la mala fortuna quiso que al teniente se le rompiera la suya, y retrocedió para amartillar una pistola. Barbanegra se aprestó para descargarle un golpe con su machete...».¹

Este instante fatídico del combate entre el célebre pirata Barbanegra y los infantes de marina de la armada británica es el que refleja la ilustración que abre el libro. Barbanegra se encuentra a la izquierda empuñando su sable, listo para atacar, y el teniente de navío Maynard de la armada británica, con su espada rota frente a él sobre la cubierta, se estremece ante el inevitable golpe mientras intenta desesperadamente amartillar su pistola. Tal y como pretende hacernos creer el artista J. L. G. Ferris, la armada lo tenía difícil aunque, de hecho, su situación no era tan mala como parece pues este cuadro representa *El último combate de Barbanegra*. El elemento clave del cuadro es el marinero corpulento que, de pie detrás de

los dos protagonistas, tiene los ojos clavados en Barbanegra y empuña su sable para asestarle un revés. Resulta difícil saber a qué bando pertenece, pues no va uniformado pero, en realidad, era uno de los hombres de Maynard que, en ese mismo instante, causó a Barbanegra «una herida terrible en el cuello y la garganta» desviando el sable del pirata, «por lo que el teniente salió con un pequeño corte en los dedos». Éste no fue, ni mucho menos, el fin del combate, aunque supuso un momento decisivo en esta batalla del 22 de noviembre de 1718 contra la flota real en la que, finalmente, se dio muerte a Barbanegra y a casi todos sus hombres.²

Esta batalla sangrienta fue tan sólo un episodio, si bien es cierto que uno muy dramático, de toda una serie de guerras o enfrentamientos que la flota de Gran Bretaña y las de otros países emprendieron contra los piratas desde comienzos del siglo XVII hasta la tercera década del siglo XIX. Estas contiendas variaban en intensidad y, en ocasiones, afectaban a un número considerable de barcos de guerra y de hombres destinados específicamente a perseguir a los piratas, capturarles y darles muerte, o bien expulsarles de los mares. Estas guerras de piratas son el asunto principal de este libro y su propósito es analizar los dos bandos en este enfrentamiento continuo. Algunos capítulos se centran en los piratas y revelan su naturaleza cambiante a medida que, gradualmente, van adquiriendo las características, costumbres y estilo de vida que hoy en día asociamos al concepto de *pirata*; otros examinan los cambios de actitud y de política del gobierno respecto a los piratas, y analizan con detalle las numerosas campañas contra la piratería que acometieron las armadas con mayor o menor éxito, campañas de cuyos héroes hoy nadie se acuerda mientras que los piratas se han convertido en leyenda.

El libro arranca a finales del siglo XVI, una época en la que la piratería se extendía por el Mediterráneo y era endémica en muchos lugares de Europa occidental, como Cornualles y el suroeste de Irlanda. Luego sigue a los piratas a través de los océanos, por América y el Caribe, África occidental y el océa-

no Índico, mares en los que fueron perseguidos por buques de la marina, si bien en un principio con escaso éxito, finalmente con una eficiencia implacable que, en 1730, parecía haber erradicado el serio problema de la piratería europea y americana. Sin embargo, esto fue tan sólo el comienzo, pues el fin de las guerras napoleónicas en 1815 dio paso a una epidemia de piratería poco conocida aunque devastadora, mucho más intensa y cruel que cualquiera de las contempladas en este libro; una época de caos marítimo que termina en 1835, cuando el último capitán pirata genuino que ejercía su oficio en el Atlántico fue ahorcado en Boston.

Los piratas y la piratería han sido siempre una fuente de fascinación, y los libros sobre el tema son incontables, aunque la mayoría tiende a repetirse y recurre a las mismas y limitadas fuentes. Por fuerza este estudio emplea el mismo material, pero también se basa en fuentes no utilizadas con anterioridad, en concreto, los archivos de la British Admiralty que, incomprensiblemente, fueron ignorados por los historiadores de la piratería. Éstos y otros archivos del gobierno contienen mucha información sobre los piratas y resultan fundamentales para comprender el relato largo y finalmente victorioso que narra cómo los gobiernos y las armadas de Europa y América consiguieron limpiar los mares de estos audaces depredadores. Esta historia nunca ha sido contada en su totalidad y el objetivo principal del libro es colmar esta sorprendente laguna en la historia naval y de la piratería.

Resulta tentador contemplar esta historia como una moraleja en la que, finalmente, las fuerzas del bien triunfan sobre las del mal, como precursora de otras campañas a las que se han unido las naciones para erradicar lo que consideran réprobo, como la larga campaña para abolir el comercio de esclavos o la «guerra» actual contra el terrorismo internacional. Sin duda, algunos contemporáneos de los piratas tuvieron en cuenta tales convicciones, aunque también hubo muchos que adoptaron actitudes más ambiguas en relación con estos impávidos navegantes. En los primeros capítulos se verá cómo

muchos gobiernos apoyaron, o al menos consintieron, la piratería que ejercían sus propios súbditos al considerarla una manera fácil y expeditiva de potenciar el comercio y el imperio, una política que cabría definir como piratería imperialista. Además, muchos individuos y comunidades de todo el mundo tenían un gran interés en la permanencia de los piratas, quienes pagaban con buenos sobornos para evitar ser arrestados, eran derrochadores y fomentaban el tráfico de llamativos productos saqueados para deleite de los consumidores. Durante los dos siglos y medio analizados en este libro, este apoyo a los piratas se redujo pero nunca desapareció del todo, y fue una de las causas principales por las que se retrasó durante tanto tiempo la victoria final de las fuerzas de la ley y el orden.

Si en pleno apogeo la actitud respecto a los piratas fue ambigua, no debería sorprender que hoy en día lo sea todavía más, pues la clase de piratería que aquí analizamos ya no se considera una amenaza. En la actualidad, se recuerda a los piratas con afecto e incluso con admiración más que como ladrones y asesinos, mientras que las flotas de la gran época de la navegación —a las que de manera instintiva se había respetado y admirado como salvaguarda del imperio— a menudo son menospreciadas a consecuencia de sus tácticas menos plausibles, como el abuso del látigo y los reclutamientos forzados o, simplemente, porque representan un imperio que hoy en día se considera políticamente incorrecto. Por lo tanto, a pesar del aumento de la popularidad del mar fruto del tremendo éxito de novelas históricas como las de Patrick O'Brian, el autor de un libro como éste no puede asegurar que todos sus lectores estén necesariamente del lado de la ley y el orden. Sin duda, muchos se sentirán tentados a brindar su apoyo a los piratas más que a las armadas que les perseguían, pues desde su desaparición, los piratas han sido celebrados como individualistas e incluso como los antecedentes de los héroes populares radicales, como granujas adorables y como referente para los chicos (y chicas) aventureros, y no como les

veía la mayoría de sus contemporáneos, como los «enemigos de la humanidad», seres indeseables que debían ser expulsados del mar y aniquilados.

En el primer capítulo se analiza el origen de esta leyenda de los piratas, y debo admitir que yo mismo soy susceptible de sentirme atraído por el encanto y el espíritu de los piratas, tal y como podrá apreciarse en alguna ocasión en los seis capítulos en los que se describen sus costumbres y prácticas a lo largo de los siglos. No obstante, fui educado en el respeto por la armada y mis instintos están del lado de la ley y el orden. Por eso la armada y no los piratas cuenta con mi apoyo, como quedará claro a lo largo de los cinco capítulos sobre la caza de piratas en los que lamento cosas tales como la corrupción y la incompetencia de la Marina y del Almirantazgo y no los éxitos navales. Sin embargo, para quienes tomen partido por los piratas les gustará saber que la armada tardó mucho en aprender cómo ganar este conflicto, lo que garantizó que sus adversarios, individualistas y temerarios, gozaran de buena salud durante mucho tiempo.

Debo dar las gracias a las bibliotecas y a los archivos en los que realicé mi investigación, particularmente, a la Public Record Office y a la British Library, pues la rapidez, eficiencia y jovialidad de su personal hicieron que fuera un placer trabajar allí. Muchas gracias también a mi familia y amigos que me han ayudado a mantener el ritmo de trabajo necesario cuando el letargo hacía peligrar la terminación del libro. Finalmente, mi más sincero agradecimiento a mi amigo y colega Dr. David Hebb, quien no sólo me proporcionó innumerables ideas y referencias cuando estaba trabajando en el libro, sino que también leyó el manuscrito completo y aportó muchas sugerencias inestimables para mejorarlo.